

Introducción a la semana

Está próximo el final del Tiempo Pascual. El evangelio nos va descubriendo con especial énfasis el gran don prometido por Jesús: el “Paráclito”, el Defensor, el Espíritu Santo. Para derramarlo sobre los discípulos es necesario que él “se vaya” (alusión a su muerte y resurrección). La tarea de este Espíritu será esencial y variada: llevar a los discípulos a una comprensión profunda del misterio de Jesús (de su persona y de su mensaje); sostener su fe frente a las adversidades que su predicación va a suscitar; dar a su palabra una poderosa fuerza de convicción; despertar en los corazones bien dispuestos la adhesión a la nueva fe; descubrir el carácter escatológico —es decir, definitivo— de la revelación de Jesús para la salvación del mundo.

Esa misión del Espíritu glorifica a Cristo, al estar totalmente orientada a hacernos asimilar y difundir la realidad manifestada en él; y glorificando a Cristo, glorifica también al Padre, a quien Cristo Jesús vino a revelar. Es una magnífica síntesis narrativa del misterio íntimo del Dios-con-nosotros: el Padre nos comunica su designio de amor al enviarnos a Jesús, su Hijo, y nosotros podemos comprenderlo, vivirlo y difundirlo gracias al Espíritu Santo, enviado a su vez “desde el Padre” por Jesús resucitado.

Las primeras lecturas hablan sobre todo de Pablo, cuyos viajes apostólicos se describen con cierto detalle. Funda la Iglesia de Filipos, que será especialmente generosa con él. En Atenas adapta su predicación a los paganos, hablando del Dios desconocido, creador y providente, que juzgará al mundo por Jesús. Funda después la Iglesia de Corinto, donde convivirá con algunos laicos arraigados en la nueva fe, trabajando y predicando.

Lun

6
May

2013

Evangelio del día

Sexta Semana de Pascua

“El Espíritu de la verdad dará testimonio de mí”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 16, 11-15

Nos hicimos a la mar en Tróade y pusimos rumbo hacia Samotracia; al día siguiente salimos para Neápolis y de allí para Filipos, primera ciudad del distrito de Macedonia y colonia romana. Allí nos detuvimos unos días.

El sábado salimos de la ciudad y fuimos a un sitio junto al río, donde pensábamos que había un lugar de oración; nos sentamos y trabajamos conversación con las mujeres que habían acudido. Una de ellas, que se llamaba Lidia, natural de Tiatira, vendedora de púrpura, que adoraba al verdadero Dios, estaba escuchando; y el Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo.

Se bautizó con toda su familia y nos invitó:

«Si estáis convencidos de que creo en el Señor, venid a hospedaros en mi casa».

Y nos obligó a aceptar.

Salmo de hoy

Sal 149, 1bc-2. 3-4. 5-6a y 9b R/. El Señor ama a su pueblo

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey. R/.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes. R/.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:
con vítores a Dios en la boca.
Es un honor para todos sus fieles. R/.

Evangelio del día

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo.

Os he hablado de esto, para que no os escandalicéis. Os excomulgarán de la sinagoga; más aún, llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte pensará que da culto a Dios. Y esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí.

Os he hablado de esto para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que yo os lo había dicho».

Reflexión del Evangelio de hoy

“El Señor les abrió el corazón para que aceptaran lo que decía Pablo”

Estamos llegando al final del Tiempo Pascual, tiempo de alegría, de encuentro con Cristo Resucitado, encuentro personal, pero a la vez, vivido en Comunidad cristiana. La fe nos impulsa a la proclamación del mensaje. La primitiva Iglesia vivía esta fe en Cristo y comunicaba al mundo su experiencia con el Resucitado.

Pablo y Silas tienen muy clara su misión de anunciar a Cristo; viajan de Asia “Triade” a Europa “Filipos”, ciudad floreciente, colonia romana; por lo que se trasluce, no había una gran colonia judía, allí no hay sinagoga, por eso, buscando donde orar se dirigen a la orilla del río. Los apóstoles tienen muy claro la importancia del encuentro con Dios para recibir la luz y la fuerza del Espíritu y así proclamar a Cristo, muerto y resucitado. Su anuncio tiene pronta respuesta, entre ellas la de una mujer llamada Lidia: el Señor abrió su corazón para que aceptara el anuncio y fue bautizada con toda su familia.

Por la fe en Cristo, para que los apóstoles se convencieran de la misma, les obliga a hospedarse en su casa. Pablo no solía aceptar estas invitaciones, pero en esta ocasión accedió.

La misión es inherente a la vida de la Iglesia, una iglesia que no es misionera no es la Iglesia de Cristo, aprendamos de los apóstoles:

1º Oremos, necesitamos la luz y la fuerza del Espíritu para anunciar a Cristo

2º Llevemos el mensaje allí donde nos necesiten, sin escatimar ningún sacrificio.

3º Aceptemos humildemente, las atenciones de los otros y atendamos a los demás.

“El Espíritu de la verdad dará testimonio de mí”

Jesús, en el sermón de despedida al que corresponde este texto, quiere prevenir a los apóstoles de los problemas que tendrán cuando vayan a anunciar el mensaje que les ha encomendado. Empieza con palabras de ánimo: “Yo os enviaré, desde el Padre, el Espíritu de la verdad; el Consolador. El os dará la fuerza que necesitáis para ser mis testigos ante el mundo”.

Con esta fuerza del Espíritu, que les ayudará a comprender cuanto han visto y oído durante el tiempo que Jesús ha estado con ellos, podrán afrontar las persecuciones que van a surgir, por la cerrazón de muchos contra su mensaje. Les anuncia que este rechazo vendrá, muchas veces, de quienes se consideran fervientes servidores de Dios. Así lo afirma Jesús: “llegará una hora en la que, quien os de la muerte, pensará que con ello da culto a Dios”.

Así ocurrió en tiempo de los apóstoles, algunos judíos pensaban que persiguiendo y matando a los discípulos de Jesús cumplían las leyes mosaicas y con ello daban culto a Dios.

También hoy se sigue produciendo esta persecución, vemos como en nombre de Dios, se cometen barbaridades y matanzas de cristianos, en el mundo entero.

Pero no sólo son los que matan el cuerpo, también matan los que quieren imponer su criterio personal en contra de la Ley de Cristo: el Amor.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Mar

7

May

2013

Evangelio del día

Sexta Semana de Pascua

“Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 16, 22-34

En aquellos días, la plebe de Filipos se amotinó contra Pablo y Silas, y los magistrados ordenaron que les arrancaran y que los azotaran con varas; después de molerlos a palos, los metieron en la cárcel, encargando al carcelero que los vigilara bien; según la orden recibida, él los cogió, los metió en la mazmorra y les sujetó los pies en el cepo.

A eso de media noche, Pablo y Silas oraban cantando himnos a Dios. Los presos los escuchaban. De repente, vino un terremoto tan violento que temblaron los cimientos de la cárcel. Al momento se abrieron todas las puertas, y a todos se les soltaron las cadenas. El carcelero se despertó y, al ver las puertas de la cárcel de par en par, sacó la espada para suicidarse, imaginando que los presos se habían fugado. Pero Pablo lo llamó a gritos, diciendo:

«No te hagas daño alguno, que estamos todos aquí».

El carcelero pidió una lámpara, saltó dentro, y se echó temblando a los pies de Pablo y Silas; los sacó fuera y les preguntó:

«Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?»

Le contestaron:

«Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia».

Y le explicaron la palabra del Señor, a él y a todos los de su casa.

A aquellas horas de la noche, el carcelero los tomó consigo, les lavó las heridas, y se bautizó en seguida con todos los suyos; los subió a su casa, les preparó la mesa, y celebraron una fiesta de familia por haber creído en Dios.

Salmo de hoy

Sal 137, 1bcd-2a. 2bc-3. 7c-8 R/. Tu derecha me salva, Señor

Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
porque escuchaste las palabras de mi boca;
delante de los ángeles tañeré para ti;
me postraré hacia tu santuario. R/.

Daré gracias a tu nombre
por tu misericordia y tu lealtad.
Cuando te invoqué, me escuchaste,
acreciste el valor en mi alma. R/.

Tu derecha me salva.
El Señor completará sus favores conmigo.
Señor, tu misericordia es eterna,
no abandones la obra de tus manos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 16, 5-11

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Ahora me voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: “¿Adónde vas?”. Sino que, por haberos dicho esto, la tristeza os ha llenado el corazón. Sin embargo, os digo es la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré.

Y cuando venga, dejará convicto al mundo acerca de un pecado, de una justicia y de una condena. De un pecado, porque no creen en mí; de una justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis; de una condena, porque el príncipe de este mundo está condenado».

Reflexión del Evangelio de hoy

Desde que crucificaron a Cristo, sabemos, al menos teóricamente, que sus discípulos y seguidores podemos correr su misma suerte. Pero, saberlo no elimina la sorpresa y la pregunta del porqué. No vale decir que a Pablo y a Silas se les encarcela por liberar y humanizar a una muchacha, tiene que haber algo más. Y ese algo más es el “auri sacra fames” de Virgilio, el negocio que, curada la muchacha, se les viene abajo a sus amos. Pero, la historia de Pablo y Silas continúa en la cárcel y, a pesar de los impedimentos, el Reino sigue adelante.

En el Evangelio, Jesús continúa fundamentando la fe de sus discípulos para que su ánimo no decaiga cuando él falte. Y les habla de su próxima partida, y también del Padre, del amor y de todo aquello que podía compensar su aparente ausencia.

No estamos solos

Por ausente, no podemos gozar físicamente de su presencia como sus discípulos en Galilea y Judea; en cuanto presente, real aunque sólo espiritualmente, podemos hablarle, adorarlo, crearle, quererle y seguirle, no sólo en Galilea y Judea, como los discípulos, sino aquí, allí y en todo el mundo. A esto, pienso, se refería al decirnos: “Os conviene que yo me vaya”. Podía haber añadido: “para seguir tan presente como siempre, no sólo con vosotros sino con todos los seguidores que tendré en todas partes y en todos los tiempos”.

No, no estamos solos. “Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). ¡Bendita ausencia que trae consigo semejante presencia! Por eso, nos reunimos regularmente a escuchar su Palabra y a adorarlo sacramentalmente en la Fracción del Pan. Quizá los momentos en los que, con más cercanía, sentimos su presencia. Pero, no le olvidamos en los pobres, en los amigos, en la naturaleza, en la belleza, en la justicia, en la bondad; en todo aquello que merece la pena, allí lo encontramos, como bendiciéndolo para hacerlo más humano y, por él, más divino.

Ser testigos

Presencia espiritual no es sólo ausencia física, sino presencia del Espíritu, que ya estaba presente antes, con el Hijo, aunque no físicamente como él,

y, ausente Jesús, con más protagonismo, vigor y eficacia: “Si no me voy –les dice Jesús- no vendrá a vosotros el Paráclito”.

Se ha dicho con frecuencia que el protagonista del Evangelio es Jesús, y el de los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu Santo. La razón es que, ausente Jesús, toma las riendas el Espíritu para abrir la inteligencia de los discípulos y hacerles comprender cuanto les dijo Jesús: “Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena” (Jn 16,12).

Esta es ahora nuestra misión: ser testigos de Jesús, gracias al Espíritu y según el Espíritu. Confiando en él, no en nosotros ni en nuestra fuerza y sabiduría; y abriéndonos a él, para que, al través de nosotros, él mismo inspire las palabras oportunas y los gestos pertinentes y eficaces que hagan creíble a Cristo, el Señor. Para que, al final, podamos decir nosotros también: “Somos unos pobres siervos; sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc 17,10), o sea, lo que le dejamos hacer.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Miércoles
8
May
2013

Evangelio del día

Sexta Semana de Pascua

Hoy celebramos: Patrocinio de la Virgen María (8 de Mayo)

“El Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 17, 15. 22 — 18, 1

En aquellos días, los que conducían a Pablo lo llevaron hasta Atenas, y se volvieron con el encargo de que Silas y Timoteo se reuniesen con él cuánto antes.

Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo:

«Atenienses, veo que sois en todo extremadamente religiosos. Porque, paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción: “Al Dios desconocido”.

Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo. “El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene”, siendo como es Señor de cielo y tierra, no habita en templos contruidos por manos humanas, ni lo sirven manos humanas, como si necesitara de alguien, él que a todos da la vida y el aliento, y todo.

De uno solo creó el género humano para que habitara la tierra entera, determinando fijamente los tiempos y las fronteras de los lugares que habían de habitar, con el fin de que lo buscasen a él, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos; así lo han dicho incluso algunos de vuestros poetas: “Somos estirpe suya”.

Por tanto, si somos estirpe de Dios, no debemos pensar que la divinidad se parezca a imágenes de oro o de plata o de piedra, esculpidas por la destreza y la fantasía de un hombre. Así pues, pasando por alto aquellos tiempos de ignorancia, Dios anuncia ahora en todas partes a todos los humanos que se conviertan. Porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre a quien él ha designado; y ha dado a todos la garantía de esto, resucitándolo de entre los muertos».

Al oír «resurrección de entre los muertos», unos lo tomaban a broma, otros dijeron:

«De esto te oiremos hablar en otra ocasión».

Así salió Pablo de en medio de ellos. Algunos se le juntaron y creyeron, entre ellos Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más con ellos.

Después de esto, dejó Atenas y se fue a Corinto.

Salmo de hoy

Sal 148, 1bc-2. 11-12. 13. 14 R/. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria

Alabad al Señor en el cielo,
alabad al Señor en lo alto.
Alabadlo todos sus ángeles;
alabadlo todos sus ejércitos. R/.

Reyes del orbe y todos los pueblos,
príncipes y jueces del mundo,
los jóvenes y también las doncellas,
los ancianos junto con los niños. R/.

Alaben el nombre del Señor,
el único nombre sublime.
Su majestad sobre el cielo y la tierra. R/.

Él acrece el vigor de su pueblo.
Alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo escogido. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 16, 12-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir.

Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará.

Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que recibirá y tomará de lo mío y os lo anunciará».

Reflexión del Evangelio de hoy

Ha cambiado el panorama

San Pablo, buen pedagogo, para conectar con sus oyentes atenienses, al presentarles al Dios de Cristo Jesús, se vale de una inscripción que ellos tenían en el areópago de Atenas: "Al Dios desconocido"... "al que veneráis sin conocerlo".

Hay que reconocer que, en muchas plazas de nuestras actuales ciudades, San Pablo no podría empezar de la misma manera. Porque hoy un buen número de hombres y mujeres, no quieren oír hablar de un Dios, conocido o desconocido, y, menos aún, desean venerarlo. De hecho, viven sin Dios.

Posiblemente a los San Pablos del XXI, que nos toca ser a nosotros, la única vía para iniciar la presentación a estas personas del Dios de Jesucristo, sea aludiendo a los grandes interrogantes de nuestro origen, de nuestro fin, a la cuestión del sentido o sinsentido de la vida humana, a los deseos y sentimientos que anidan en todo corazón... algo que no podrán decir que son sueños e imaginaciones nuestras, porque es algo común a todo hombre. Jesús toca a fondo todos estos temas. Sabiendo que, si llegado el momento, les hablamos de la resurrección de los muertos... amablemente nos pueden decir a como a San Pablo: "De esto te oiremos hablar en otra ocasión".

La gran promesa para el tiempo de espera: el Espíritu Santo

Jesús quiere que trabajemos con los talentos recibidos en la extensión del reinado de Dios. "Trabajad mientras vuelvo". Pero no nos deja solos en esta ingente tarea. De muchas maneras, nos dice que nos va a echar una mano. Hoy nos recuerda la ayuda del Espíritu Santo. "Muchas cosas me queda por deciros... cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena". Gamaliel acertó plenamente cuando salió en defensa de los perseguidos apóstoles: "Israelitas, mirad bien lo que vais a hacer con estos hombres... Porque si este plan o esta obra procede de hombres, se disolverá; pero si viene de Dios, no podréis disolverlos". Jesús cumple con su promesa. Por encima de nuestras buenas y no tan buenas acciones, el Espíritu de Dios sigue en medio de nosotros, guiando su iglesia. Lo nuestro es cosa nuestra, pero, sobre todo, es cosa de Dios.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Patrocinio de la Virgen María

La Iglesia ha invocado a la Virgen María « con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora » ya que su función maternal perdura sin cesar en la economía de la gracia y « con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. » (LG n. 62)

Como afirma el MO fray Humberto de Romans: «La Virgen María fue una grande ayuda para la fundación de la Orden y se espera que la lleve a buen fin» (Opera, II, 70.71). Por ello la Orden de Predicadores reconoce desde sus inicios la protección de la Virgen y «no duda en confesarla, la experimenta continuamente y la recomienda a todos —frailes, hermanas y laicos— para que apoyados en su protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador » (LG, n. 62) para llevar a cabo la difícil misión de la salvación de los hombres.

La celebración del patrocinio de María en la Orden se celebró en la liturgia en coincidencia con el aniversario de la bula de fundación de la Orden el 22 de diciembre de 1216, pero ante la debida preferencia de las ferias de Adviento inmediatas a navidad, se propone su celebración en este día del mes de mayo – dedicado a la veneración especial de María- pues también en este día diversos calendarios litúrgicos de otros propios ya celebran diversos títulos de María.

Liturgia de las Horas. Propio O.P., pp. 722-723.

Jue
9
May
2013

Evangelio del día

Sexta Semana de Pascua

“Vuestra tristeza se convertirá en alegría”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 18, 1-8

En aquellos días, Pablo dejó Atenas y se fue a Corinto. Allí encontró a un tal Áquila, judío natural del Ponto, y a su mujer, Priscila; habían llegado hacía poco de Italia, porque Claudio había decretado que todos los judíos abandonasen Roma.

Se juntó con ellos y, como ejercía el mismo oficio, se quedó a vivir y trabajar en su casa; eran tejedores de lona para tiendas de campaña. Todos los sábados discutía en la sinagoga, esforzándose por convencer a judíos y griegos. Cuando Silas y Timoteo bajaron de Macedonia, Pablo se dedicó enteramente a predicar, dando testimonio ante los judíos de que Jesús es el Mesías,

Como ellos se oponían y respondían con blasfemias, Pablo sacudió sus vestidos y les dijo:

«Vuestra sangre recaiga sobre vuestra cabeza. Yo soy inocente y desde ahora me voy con los gentiles».

Se marchó de allí y se fue a casa de un cierto Ticio Justo, que adoraba a Dios y cuya casa estaba al lado de la sinagoga. Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su familia; también otros muchos corintios, al escuchar a Pablo, creían y se bautizaban.

Salmo de hoy

Sal 97, 1bcde. 2-3ab. 3cd-4 R/. El Señor revela a las naciones su salvación

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

El Señor da a conocer su salvación,
revela a las naciones su justicia.
Se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 16, 16-20

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Dentro de poco ya no me veréis, pero dentro de otro poco me volveréis a ver».

Comentaron entonces algunos discípulos:

«¿Qué significa eso de “dentro de poco ya no me veréis, pero dentro de otro poco me volveréis a ver”, y eso de “me voy al Padre”?».

Y se preguntaban:

«¿Qué significa ese “poco”? No entendemos lo que dice».

Comprendió Jesús que querían preguntarle y les dijo:

«¿Estáis discutiendo de eso que os he dicho: “Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver”? En verdad, en verdad os digo: vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría».

Reflexión del Evangelio de hoy

En adelante, predicaré a los gentiles

Pablo abandona Atenas, lugar en el que cosechó un su más rotundo fracaso y, por lo mismo, punto de inflexión en su ruta predicadora. Se impone desde ahora otra estrategia con el fin de subsanar la escéptica acogida que el mensaje del apóstol tuvo en la capital griega. Se deja ver con judíos y griegos a los que les transmite el mensaje de que Jesús es el Señor; pero no acaba de sentirse a gusto evangelizando a los judíos quienes le manifiestan su rechazo al no admitir sus argumentos. Esto le lleva al apóstol a romper con ellos y a declarar la opción que desde ahora le ocupará: se dedicará en exclusiva a los gentiles, y se desvincula así de las consecuencias que el rechazo a su predicación pudiera acarrear al pueblo judío. Más adelante Pablo nos desvelará la verdadera carpintería de este cambio de postura. Si en Atenas desarrolla un discurso bien estructurado haciendo gala de la sabiduría de los hombres, desde ahora Pablo se centrará en la sabiduría de la cruz, en la fuerza de Dios y en el anuncio de quien es Señor por entregar toda su vida a nuestro favor. Locura de Dios que se torna Palabra y Vida en Jesús de Nazaret, persona enconradiza donde las haya.

Vuestra tristeza se convertirá en alegría

La perplejidad de los discípulos ante las palabras del Maestro es notoria. Pero ésta se desvanece cuando Jesús de Nazaret hace ver que tanto el seguidor como la propia comunidad creyente se verán sometidos a los inevitables imponderables de la vida (dudas, persecución, fracaso y éxito, experiencia del silencio de Dios y de la lejanía de Jesús...), y también, por lo mismo, a una posterior vivencia de cercanía y testimonio que será la razón de la alegría creyente. A cada momento de prueba sucederá una nueva presencia de Jesús, una nueva forma de esperanza, una singular manera de caminar hacia delante en su nombre. La comunidad debe aceptar el propio ciclo vital del Maestro de Galilea: morir y resucitar, servir y dar gloria, anunciar la Palabra y creer en su germinación. Nos puede pasar lo que a los mismos discípulos: que, a estas alturas, no hayamos captado aún lo que significa la ausencia del Maestro, y no sepamos salir de nuestra estéril confusión que enfatiza el hecho de que la muerte es el final de todo. Pero la Palabra nos habla sin equívocos de la inmensa alegría de seguir a Jesús, porque Él será el único causante de tal experiencia pascual.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Vie Evangelio del día
10
May Sexta Semana de Pascua
2013 Hoy celebramos: San Juan de Ávila (10 de Mayo)

“Los discípulos se llenarán de alegría.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 18, 9-18

Cuando estaba Pablo en Corinto, una noche le dijo el Señor en una visión:

«No temas, sigue hablando y no te calles, pues yo estoy contigo, y nadie te pondrá la mano encima para hacerte daño, porque tengo un pueblo numeroso en esta ciudad».

Se quedó, pues, allí un año y medio, enseñando entre ellos la palabra de Dios.

Pero, siendo Gallón procónsul de Acaya, los judíos se abalanzaron de común acuerdo contra Pablo y lo condujeron al tribunal diciendo:

«Este induce a la gente a dar a Dios un culto contrario a la ley».

Iba Pablo a tomar la palabra, cuando Gallón dijo a los judíos:

«Judíos, si se tratara de un crimen o de un delito grave, sería razón escucharos con paciencia; pero, si discutís de palabras, de nombres y de vuestra ley, vedlo vosotros. Yo no quiero ser juez de esos asuntos».

Y les ordenó despejar el tribunal.

Entonces agarraron a Sóstenes, jefe de la sinagoga, y le dieron una paliza delante del tribunal, sin que Galión se preocupara de ello.

Pablo se quedó allí todavía bastantes días; luego se despidió de los hermanos y se embarcó para Siria con Priscila y Aquila. En Cencreas se había hecho rapar la cabeza, porque había hecho un voto.

Salmo de hoy

Sal 46, 2-3. 4-5. 6-7 R/. Dios es el rey del mundo

Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor altísimo es terrible,
emperador de toda la tierra. R/.

Él nos somete los pueblos
y nos sojuzga las naciones;
él nos escogió por heredad suya:
gloria de Jacob, su amado. R/.

Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas:
tocad para Dios, tocad;
tocad para nuestro Rey, tocad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 16, 20-23a

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«En verdad, en verdad os digo: vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría.

La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre.

También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. Ese día no me preguntaréis nada».

Reflexión del Evangelio de hoy

No temas, sigue hablando y no te calles

Son las palabras que el Señor dirige a Pablo en la situación tan difícil que está viviendo en Corinto. Palabras con las que el Señor intenta calmar a Pablo ante la dramática ruptura con la sinagoga, la angustia del principio, la persecución de los judíos que conducen a Pablo hasta el procónsul Galio.

El Señor le dice: ¡no temas, sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo! Estas palabras le ayudarán a serenarse, a seguir su servicio de evangelización y animar a otros.

Dios espera que muchos se conviertan porque están destinados a la vida. Hoy a nosotros también nos dice: “muchos de estos son pueblo mío”. Invitados a predicar el Evangelio, no movidos por ninguna clase de celos, sino por el deseo único de proclamar la verdad en perfecta comunión.

Pablo se fue con el matrimonio Aquila y Priscilla que no solamente se le asoció a ellos por el trabajo sino por la propagación del Evangelio.

Pablo estaba especialmente protegido por Dios así su palabra era eficaz.

“Vuestra tristeza se convertirá en alegría”... “

En este Evangelio evocamos la imagen de la mujer. La mujer en el momento del parto siente fuertes dolores, pero que cuando nace su hijo se olvida de todo lo pasado y la felicidad alegre y llena su vida.

Los dolores de parto se caracterizan como un castigo terrible, pero son los únicos dolores que tienen un fuerte verdadero sentido, nos traen vida al mundo. Las lágrimas por el dolor sufrido se convierten en alegría por la nueva vida.

El nacimiento de Jesús a una vida nueva que es obra de María, la hace sentirse en plena por traer a Jesús a este mundo.

Podemos pensar que Dios permite el sufrimiento, pero no es así. Él no lo quiere, quizá lo permite porque nos quiere libres y comprometidos, pero Él no lo ha inventado. Paul Claude nos dice: “Dios no vino a suprimir el sufrimiento, ni siquiera a explicarlo, vino a llenarlo de su presencia”.

Ahora la tristeza de los discípulos es por la ausencia de Jesús, por su muerte, la comunidad se encuentra sola en el mundo, sin el apoyo de Jesús está expuesta a ataques y acusaciones, a la tristeza.

Pero Jesús no nos deja solos, el vuelve y nos dice: “vuestra tristeza se convertirá en alegría”... “y los discípulos se llenarán de alegría”. Es en ese encuentro con Jesús vivo y resucitado que vivimos la experiencia de la alegría, en su presencia en cada uno de nosotros.

La alegría es una fuente de donde brota el agua viva que cae en nuestras tierras áridas parcelas féculas y que den buenos frutos.

No podemos desear que la alegría venga cuando nosotros queremos, requiere su esfuerzo, su entrega, su sufrimiento. Requiere morir para poder vivir. “Como el grano de trigo que muere para dar vida”.



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

San Juan de Ávila

Una obra de Dios

[...] Es Dios quien hace los santos y en aquel siglo, especialmente en España fue, especialmente generoso, pues solamente entre los canonizados nos encontramos con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, con San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja, con Santo Tomás de Villanueva, San Pedro de Alcántara, San Luis Bertrán, San Diego de Alcalá. No pocos de ellos conocieron y veneraron a Juan de Ávila. A todos y a cada uno los llevó Dios por senderos distintos, aunque todos desembocaban en una misma meta: la santidad, es cierto que con irisaciones de diversos colores.

Y a Juan de Ávila le hizo «Maestro ejemplar para su pueblo. Para el pueblo de Dios, que no se contrapone a la jerarquía, sino que la incluye, porque hasta los pastores, como diría San Agustín, también son ovejas, son cristianos con los demás cristianos, necesitados de fe, esperanza y caridad. Y ese misterioso título de maestro que le acompañó siempre, no es un mero título académico, sino un reconocimiento unánime de un magisterio que iluminaba con sus luces a papas, obispos, concilio, sacerdotes y cristianos, escogidos o humildes miembros de aquellas masas que por esos pueblos de Andalucía y Extremadura escucharon su palabra encendida. Maestro viviente de sus coetáneos, y también de las generaciones siguientes a través de sus escritos, tan apreciados por San Francisco de Sales, por el cardenal Berulle, por San Antonio María Claret, por el cartujo Molina.

Y ¿de qué mimbres se hizo Dios un santo y maestro? De un hijo único de familia acomodada, nacido en Almodóvar del Campo; de un estudiante de Leyes en Salamanca o de Artes y Teología en Alcalá; de su misacantano, ya sin padres, que repartió sus bienes a los pobres (1526); de un misionero frustrado de América, que no pudo acompañar al obispo Garcés acaso por razones de raza; de un hombre que inició su pre-dicación en Sevilla y por unas frases audaces tuvo que habérselas con la Inquisición. No solamente salió indemne de aquella prueba, sino que de aquellos meses de cárcel salió enriquecido con una comprensión del misterio de Cristo, que será nota distintiva de su espíritu. Dios y la vida misma fueron marcando su sendero, un sendero en alguna manera atípico: su preparación universitaria parecía encaminarlo al episcopado, a alguna prebenda catedralicia, a alguna cátedra universitaria, a una parroquia importante. Nada de ello conformará su vida; o porque no le llegó, o porque lo excluyó personalmente. Si quisiéramos definirla, no podríamos hacerlo mejor que recordando el tan lacónico cuanto expresivo epitafio de su tumba: *Messor eram*. Fue un segador, en el sentido evangélico de la palabra. Y aun me atrevería a decir que más propiamente fue un sembrador. *Exiit qui seminavit seminare semen suum*. Salió el sembrador a sembrar su semilla (Mt 13, 4). Su sementera comenzó en Sevilla (1528), siguió en Córdoba (1535), Granada (1536, 1539), Priego (1547), etc. A lo largo de estos años fundó tres colegios mayores universitarios y once menores. El de Baeza se transformó en universidad (1542); podría añadir, que en el primer Instituto de Pastoral. A punto estuvo de entrar en la Compañía de Jesús, donde iba a ser recibido como «arca del Testamento». Si lo hubiera hecho acaso no habría tenido que esperar cuatro siglos para alcanzar la gloria de la canonización. Pero no fue así, sino que, ya achacoso y enfermo, se retiró a esta Montilla, para aquí consumir sus últimos años, morir y ser sepultado (1554-1569).

Hombre de palabra

Su semilla, su único tesoro, era su palabra, una palabra saturada de meditación bíblica y caldeada en la oración, de la que salía «templado» para subir al púlpito. Predicó en ocasiones solemnes y en catedrales, y mucho más en templos rurales y en plazas. Sus sermones son ricos en doctrina, y al mismo tiempo realistas y acomodados al pueblo que le escucha. Instruye, persuade y conmueve, reprocha amorosamente el vicio de jurar, la explotación de los pobres, las injusticias de jueces y alcaldes, las deficiencias populares, los descuidos de los responsables de las familias, la ignorancia religiosa, etc. El año litúrgico con sus tiempos y fiestas (Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, Pentecostés, Corpus Christi, fiestas marianas o del santoral) le presta el marco para sus sermones. En ellos resuenan las verdades fundamentales, la redención, el misterio de Cristo, la gracia y el pecado, la conversión, etc., y cuando se dirige a sacerdotes, la vocación, el cumplimiento de los deberes pastorales, el ejemplo, la celebración eucarística, el celo pastoral.

Tiene el más alto concepto de la predicación, el misterioso ministerio de la palabra, «el medio para engendrar y criar hijos espirituales. «Faltando éste —dice—, qué bien puede haber sino al que vemos; que en tierras donde falta la Palabra de Dios —y de esto debía saber no poco por experiencia— apenas hay rastro de cristiandad». Se adelanta al Tridentino y sigue entre otros a Erasmo al asentar que la predicación personal es el deber principal de los obispos. Y en lógica consecuencia buscará los medios de formar predicadores según su espíritu, así como confesores: dos pilares del ministerio sacerdotal en los que debiéramos pensar.

«Maestro ejemplar por la santidad de su vida y por su celo apostólico». El texto litúrgico parece disociar y acumular estos dos conceptos fundamentales del magisterio de Ávila. ¿Puede en un sacerdote darse santidad de vida sin celo apostólico, o celo apostólico sin santidad de vida? Juan de Ávila cree lo que dice y vive de ello; y dice lo que cree y tiene arraigado en su espíritu. Aun sin el color personal de sus afirmaciones, sus escritos segregan convicción profunda, autenticidad, no hábiles juegos literarios, llenos de erudición, pero desprovistos de ese quid misterioso que convierte en sacramentales los escritos de los santos. «Predicador evangélico», lo llama a boca llena fray Luis de Granada en su deliciosa biografía de San Juan de Ávila (*Vida del padre maestro Juan de Ávila*. Edibesa, Madrid, 2000), «y limpio espejo de las propiedades y condiciones que ha de tener el que usa este oficio». Lo dice él, que algún tiempo compartió «una misma casa y mesa» y notó de cerca 'sus virtudes, el estilo y manera de su vida'. La santidad del pastor, que es amor de Dios y amor de sus ovejas, se transforma necesariamente en celo apostólico. A propósito de su «amor entrañable a todos» dice fray Luis de Granada, que «cada uno pensaba que era el más privado de todos o singularmente amado. Porque así amaba a todos como si para cada uno tuviera un corazón, lo cual es propio del amor que se funda en Dios. [...]

Santos y sabios sacerdotes

El primer Memorial enviado al Concilio de Trento (1551) con lógica implacable y hondo realismo señala la meta de sus anhelos en punto a reforma. «Lo que este santo concilio pretende es el bien y reformación de la Iglesia. Y para este fin, también consta que el remedio es la reformación de los ministros de ella. Y como éste sea el medio de este bien que se pretende, se sigue que todo el negocio de este santo concilio ha de ser dar orden cómo estos ministros sean tales como oficio tan alto requiere. Pues sea ésta la conclusión: que se dé orden y manera para educarlos que sean tales; y que es menester tomar el negocio de más atrás y tener por cosa muy cierta que, si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacellos; y si quiere tener gozo de buenos médicos de las almas, ha de tener a su cargo de los criar tales y tomar el trabajo de ello. Y si no, no alcanzará lo que

desea». Y líneas más tarde recalca la conclusión apuntada, sin duda ni escrúpulo: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otra manera es gran necesidad». Así de claro y contundente habla San Juan de Ávila al Concilio.

Esperaba que el Concilio diese orden de cómo los sacerdotes fuesen tales como su ministerio requería. Mas, dar orden era mucho más que dar órdenes. El Concilio, los concilios anteriores, los sínodos diocesanos y provinciales precedentes, llevaban un siglo dictando preceptos y cánones, reiteradas leyes, acompañadas de censuras graves, que tantas veces resultaban papel mojado, y de ahí su reiteración. La santidad no brota por decretos positivos, ni menos bajo amenaza de penas. Mucho había meditado San Juan de Ávila sobre este empeño infructífero de la Iglesia y su meditación le conducía a una conclusión pesimista:

«El camino usado de muchos para reformatión de comunes costumbres suele ser hacer buenas leyes y mandar que se guarden so graves penas; lo cual hecho, tienen por bien proveído el negocio. Mas, como no haya fundamento de virtud en los súbditos para cumplir esas buenas leyes, y por esto les son cargosas, han por esto de buscar malicias para contraminarlas, y disimuladamente huir de ellas o advertidamente quebrantarlas. Y como el castigar sea cosa molesta al que castiga y al castigado, tiene el negocio mal fin, y suele parar en lo que ahora está: que es mucha maldad con muchas y muy buenas leyes.»

No faltaban buenas leyes emanadas de papas, sínodos, concilios. Y en verdad no podemos despreciarlas. Al fin representan una cota de exigencia, una aspiración y deseo, refrendados por altas instancias. Mas la recepción fructífera de las leyes o, de otra manera, su cumplimiento y eficiencia, encontraban fuerte resistencia en la falta de voluntad de cumplirlas así como en costumbres inveteradas y difíciles de cambiar.

«¿Qué mejores leyes —dice más adelante— puede haber que las que hay hechas cerca de la santidad, y letras y régimen de toda la Iglesia? ¡Qué de penas están puestas para los transgresores de esas buenas leyes! Y con todo esto, no hay quien ignore cuán malos, cuán ignorantes y desordenados estamos los eclesiásticos.»

Trento había mandado que los curas explicasen el Evangelio a sus parroquianos. Los más no lo entienden —dice Ávila—, «y hay algunos de tal vida, y conocida por tal, que no osarán hacer esto; o si lo hacen, se seguirá más escarnio de ellos o de lo que predicán, que daño de no predicar. Y habrá muchos parroquianos que solamente por no oír declarar el Evangelio por personas de quien tan mal concepto se tiene, dejarán de ir a la Iglesia a la misa». Razón tiene al decir que »aprovecha poco mandar bien, si no hay virtud para ejecutar lo mandado».

Y los achaques del mandar afectan al propio concilio, que solamente podrá ser fecundo si encuentra sujetos bien dispuestos que acepten sus directrices: «Si quiere, pues, el sacro concilio que se cumplan sus buenas leyes y las pasadas, torne trabajo, aunque sea grande, para hacer que los eclesiásticos sean tales, que more en ellos la gracia de la virtud de Cristo; lo cual alcanzado, fácilmente cumplirán lo mandado. Mas, aquí es el trabajo y la hora del parto, y donde yo temo nuestros pecados y la tibieza de los mayores —alude a los obispos—. Que como hacer buenos es negocio de gran trabajo, y los mayores, o no tienen ciencia para guiar esta danza, o caridad para sufrir cosa tan prolija y molesta a sus personas y haciendas, conténtanse con decir a sus inferiores: "Sed buenos; y si no, pagármelo heis"; y no entienden en ayudarles a serlo. Porque el mandar es cosa fácil y sin caridad se puede hacer; mas el llevar a cuestras flaquezas ajenas con perseverante corazón de las remediar e hacer fuerte al que era flaco, pide riqueza de caridad... Y pues los prelados con clérigos son como padres con hijos, prevéanse el papa y los demás en criar a los clérigos como a hijos, con aquel cuidado que pide una dignidad tan alta como han de recibir. Y entonces tendrán mucha gloria en tener hijos sabios y mucho gozo y descanso en tener hijos buenos, y gozarse ha toda la Iglesia con buenos ministros».

Ardua era la tarea de lograr clérigos en que quepan las buenas leyes que están hechas y se han de hacer. Sin ello no duraba reforma alguna, 'por no tener fundamento».

La formación del sacerdote

Todo el programa de reforma de San Juan de Ávila apunta primordialmente a la elevación del nivel humano, intelectual y espiritual del sacerdocio. Por ello mismo estima que debiera ser el objetivo principal del concilio. Pero con enorme realismo afirma que es menester «tomar el negocio de más atrás». Más aún, tiene por cosa muy cierta que, «si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacellos..., y si no, no alcanzará lo que desea». Afirmación clara que debiera gravitar o, mejor, estar escrita en letras de oro en nuestros seminarios», como aquellas otras del mismo escrito en que dice: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otra manera es gran necesidad».

Él fue el que, adelantándose a la célebre decisión del concilio en su última etapa, sugirió la necesidad de crear uno o más colegios en cada obispado que se dedicasen a esta labor fundamental. En ellos se educarían en honestidad de vida y recogimiento, en estudiar para convertirse en maestros y edificaciones de las almas. Más aún, piensa en una educación especial para los que se destinen a confesores y predicadores, oficio muy olvidado, aunque sea el instrumento para «engendrar y criar hijos espirituales». Se ha de cuidar mucho la selección de los candidatos, estrechar el acceso al sacerdocio, admitir para él solamente a los hábiles, no ordenar a nadie sin la debida preparación. Y él, universitario de Salamanca y Alcalá y amigo de las letras, se muestra prevenido contra las letras sin santidad: «Por experiencia conocen todos casi nunca haber dañado a la Iglesia el sacerdote selecto que no fuese letrado ni rico ni alto, y siempre le dañó mucho la malicia armada de letras y de dignidad.

Con el mismo realismo y buen sentido propone los medios económicos que sirvan para la creación de estos colegios o seminarios, algo que ni hizo debidamente el Concilio de Trento. Y así su mandato de creación de seminarios, algo que por sí sólo hubiese justificado aquel concilio en opinión de un historiador, no se vio secundado por un cumplimiento generalizado. Uno y dos y más siglos tardaron algunas diócesis es-pañolas en cumplir este precepto tan vital.

Un sacerdocio difícil y heroico debía ser el horizonte de los candidatos. Y no está conforme San Juan de Ávila, él de vida tan austera, con el común parecer de su época, de que convenía que los eclesiásticos fuesen ricos y autorizasen sus personas con signos externos que las hiciesen respetables. Algunos pensaban que tal apariencia era conveniente a la honra de Cristo y de la Iglesia, como por ejemplo fray Melchor Cano.

Si esto fuese verdad —dice Ávila—, habría que concluir que Cristo no la honró, pues se trató al revés de lo que éstos suponen. «La honra de los ministros de Cristo es seguir a su Señor no sólo en lo interior, sino también en lo exterior». Y si no fuese suficiente el criterio evangélico, apela al juicio certero del pueblo: si quisieran «oír lo que dice de ellos el vulgo". Si lo escuchasen debidamente, «no dirían que con estas cosas son ellos estimados y, mediante ellos, la Iglesia; antes entenderían cómo por esto son desestimados y tenidos por profanos y juzgados por malos, aun de los muy ignorantes". Vida sin mendicidad ni riquezas propone San Juan de Ávila para los eclesiásticos. La estimación debida de los mismos obispos no consiste en las pompas «que ellos llaman honra de la Iglesia»; han de buscar otros caminos por los que merecen la estimación y la Iglesia por ellos.

Es una idea muy erasmiana y Avila, alumno de Alcalá, tuvo ocasión de leer a Erasmo, quien remite la «sublimitas» episcopal al modelo apostólico, y no a palacios y carrozas, como ocurría en su tiempo.

Muchas más cosas podrían decirse de este celo reformista de San Juan de Ávila, convencido como estaba de que la causa de los males y herejías de su tiempo era en buena parte efecto de los pastores negligentes y de falsos profetas o falsos enseñadores, brillantes pero vacuos, sin tener en cuenta cómo edificar el corazón con aumento de fe, esperanza y caridad, condescendientes con vicios y vanidades, responsables de que la gente haya perdido la estima de ellos y luego la fe misma en la Iglesia. Y ¿cómo no había de pensar así quien asienta como un axioma: «Ordenanza es de Dios que el pueblo esté colgado en lo que toca a su daño o provecho, de la diligencia y cuidado del estado eclesiástico»?

No voy a dar un repaso a las múltiples iniciativas pastorales concretas de San Juan de Ávila, positivas las más, como las encaminadas a suscitar una amplia labor catequética de niños y adultos, sobre niños y escuelas, sobre catecismos en lengua vulgar, educación de niños pobres, huérfanos y perdidos, especial atención a los campesinos, libros de lecturas, culto a la Eucaristía y comunión frecuente, sobre la vida consagrada de religiosos y religiosas; negativas otras, esto es, encaminadas a corregir abusos cerca del matrimonio, de la facilidad con que se admitía a la primera tonsura, de los derechos de las audiencias, de las exenciones, de las composiciones que amparan hurtos y engaños, de las indulgencias por cosas ligeras, de las excesivas excomuniones por causas livianas.

José Ignacio Tellechea Idígoras

Sáb

11
May

2013

Evangelio del día

Sexta Semana de Pascua

“Salí del Padre y he venido al mundo ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 18, 23-28

Pasado algún tiempo en Antioquía, Pablo marchó y recorrió sucesivamente Galacia y Frigia, animando a los discípulos.

Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, hombre elocuente y muy versado en las Escrituras. Lo habían instruido en el camino del Señor y exponía con entusiasmo y exactitud lo referente a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan.

Apolo, pues, se puso a hablar públicamente en la sinagoga. Cuando lo oyeron Priscila y Áquila, lo tomaron por su cuenta y le explicaron con más detalle el camino de Dios. Decidió pasar a Acaya, y los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos de allí que lo recibieran bien. Una vez llegado, con la ayuda de la gracia, contribuyó mucho al provecho de los creyentes, pues rebatía vigorosamente en público a los judíos, demostrando con la Escritura que Jesús es el Mesías.

Salmo de hoy

Sal 46, 2-3. 8-9. 10 R/. Dios es el rey del mundo

Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor altísimo es terrible,
emperador de toda la tierra. R/.

Porque Dios es el rey del mundo:
tocad con maestría.
Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado. R/.

Los príncipes de los gentiles se reúnen
con el pueblo del Dios de Abrahán;
porque de Dios son los grandes de la tierra,
y él es excelso. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 16, 23b-28

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«En verdad, en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará.

Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa. Os he hablado de esto en comparaciones; viene la hora en que ya no hablaré en comparaciones, sino que os hablaré del Padre claramente.

Aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere, porque vosotros me queréis y

creéis que yo salí de Dios.

Salí del Padre y he venido al mundo, otra vez dejo el mundo y me voy al Padre».

Reflexión del Evangelio de hoy

Se puso a hablar con valentía

En la primera lectura se nos presenta a Apolo, que no conoce más bautismo que el de Juan, pero en quien habita el Espíritu, que le ha hecho descubrir a Jesús en unas Santas Escrituras, de las que era gran conocedor, pero que hasta ahora no había llegado a comprender su verdadero sentido. Por eso, la comunidad cristiana lo acoge, instruye e integra, convirtiéndose en un apóstol que predica a los judíos el nombre de Jesús.

El Padre mismo os quiere

Creer en Dios es hacerlo en un eterno e infinito Proceso de Amor. Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo y los tres son los grandes protagonistas de la Historia de la Salvación. Esta Verdad es la que comunica Jesús a sus discípulos, una Verdad que debe alegrar profundamente al hombre. Todos podemos dirigirnos a Dios Padre como en la parábola del Hijo Pródigo. Este acceso estará siempre abierto en unión con Jesús, que es la gran puerta al Padre.

Es la gran Revelación que, desde la experiencia pascual, San Juan nos propone en el Evangelio. Es ahora, a partir de la Resurrección, cuando los discípulos descubren la auténtica y trascendente personalidad de Jesús como Hijo de Dios.

Ha llegado el tiempo de una Comunión plena y auténtica con Dios, por la que el hombre experimenta la proximidad amorosa y comprensiva del Padre. Por eso la oración que se le dirija será escuchada, una oración de corazón a corazón nacida y cimentada en el Amor, que Dios hace tangible y presente en la persona de Jesús. Él lo da hasta el extremo, pero también lo recibe de sus discípulos en una Comunión de Amor que debe ser la Iglesia.

Esta Comunión nos introduce en el Misterio profundo de la Trinidad que manifiesta un Dios que se implica en nuestra vida y nos introduce en la suya. El Padre nos envuelve en el Amor con que ama a su Hijo, el Hijo ama y sirve al Padre en nosotros y por nosotros con el impulso del Espíritu Santo.

Por esta razón, la oración nace del amor, a Él se dirige, pero también nos compromete a amar a los demás. Es un proceso que se hace palpable en el testimonio, en el compromiso porque, como decía el escritor Martín Descalzo; "se ama con las manos, y lo demás es literatura".



D. Carlos José Romero Mensaque, O.P.
Fraternidad "Amigos de Dios" de Bormujos (Sevilla)

El día **12 de Mayo de 2013** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).